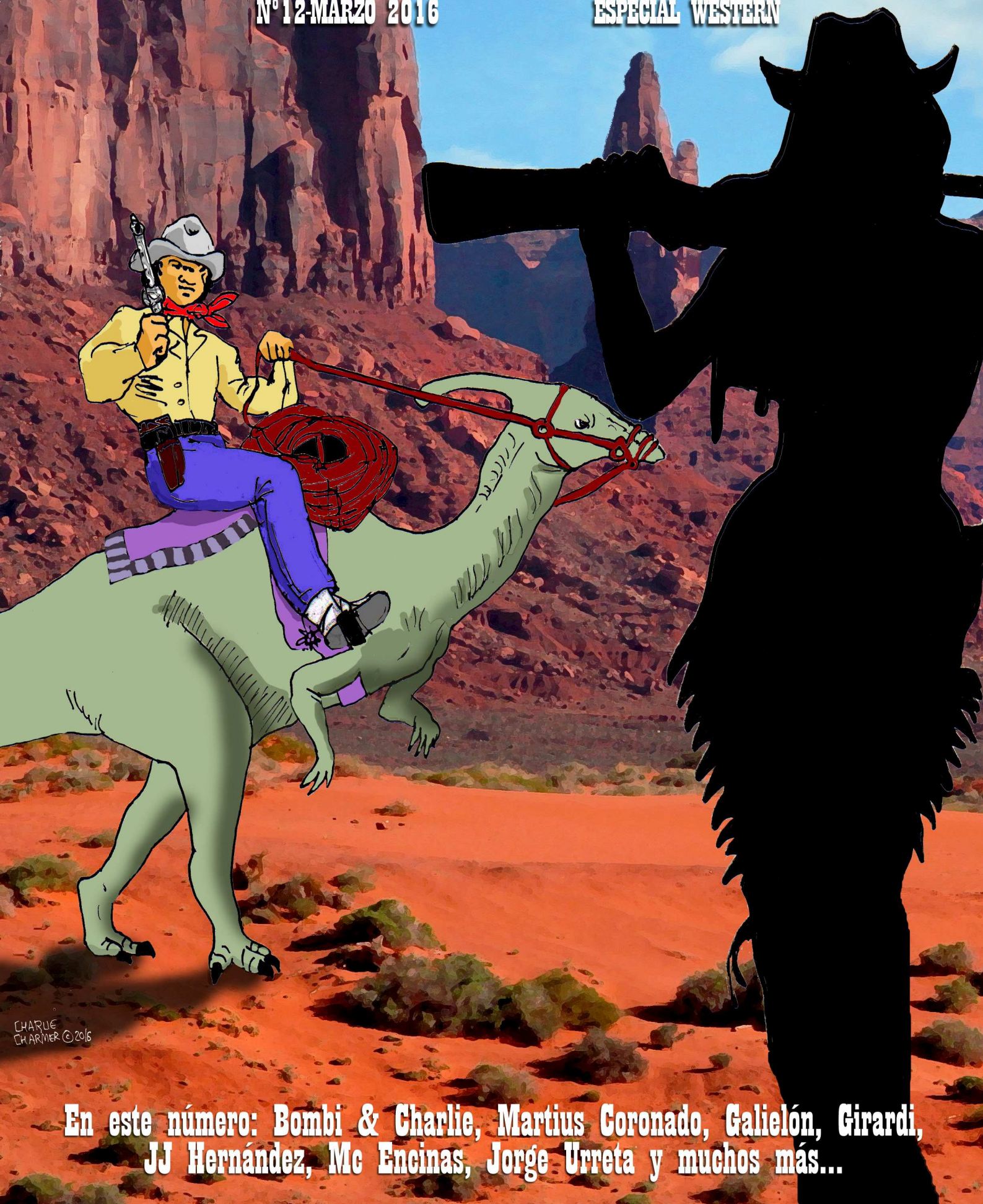


CINE

Nº 12-MARZO 2016

ESPECIAL WESTERN



CHARLIE
CHARMER © 2016

En este número: Bombi & Charlie, Martius Coronado, Galielón, Girardi,
JJ Hernández, Mc Encinas, Jorge Urreta y muchos más...

CHM

Número 12 – Marzo de 2016
Especial Western

DIRECTOR: Eustaquio T-Rex
EDITA: Charmer Productions, Madrid

© Charmers & Charmers, 2016



<https://plus.google.com/u/0/+ChorradaMensual/>



<https://twitter.com/chorradamensual>



<https://facebook.com/chorradamensual>

4/40

Página/Total / Búsqueda de texto / Pantalla completa
Des/activa miniaturas / Vista de 2 ó 1 página

Podemos visualizar la revista en dos página tipo flip (se pasan como si fueran de papel haciendo click en la flecha al margen y podemos movernos con el puntero por el texto) o en una sola. En este último caso, las páginas se pasan con dos flechas que aparecen a la izquierda del numerador de páginas, y el texto avanza con otra que apunta hacia abajo. Puede variarse el tamaño con dos lupas con los signos + y – grabados.

En modo pantalla completa aparece esta barra de navegación (la lupa y el botón de vista de 2 ó 1 página funcionan igual que arriba)

Zoom / Página adelante/atrás / Compartir/descargar

EN ESTE NÚMERO:

Editorial.....	3
<i>La madame y la forajida</i>	4
Martius Coronado	
<i>La leyenda de T.Taylor</i>	8
Damian Lynch	
<i>Miradas</i>	11
Félix Jaime Cortés	
<i>¡Cuidado, compañeros!</i>	16
Galielón	
<i>El polvo de los dioses</i>	20
Pepo, el estrafalario	
<i>Venganza</i>	25
JJ Hernández	
<i>Táctica prestada</i>	29
Jorge Urreta	
<i>Placebo</i>	32
Charlie Charmer	
<i>La idea</i>	38
Mc Encinas (ilustración de Girardi)	
<i>Pistolero oscuro</i>	40
Bombi Charmer	
Partitura: <i>Un día</i>	42
Letra y música: Bombi & Charlie	



* Silly Roger avisa: si te has bajado esta revista de tantos nidos de piratas como pueblan la red, te han tomado el pelo. Son webs con software malicioso y publicidad que, a menudo, te obligan a registrarte o dar un nº de móvil para bajarte una revista que sus creadores te ofrecen gratis, sin publicidad ni registros, en un entorno seguro: <http://issuu.com/chorradamensual>

© CHM es una revista gratuita y sin ánimo de lucro, cuyo único fin es promocionar a los autores que publica. Las obras que aparecen en CHM son propiedad de éstos, únicos responsables de su contenido. La revista no se identifica necesariamente con sus opiniones individuales. Se permite el enlace electrónico a la publicación y las citas sin alterar e indicando el autor y esta revista como fuente.

Envíanos tus colaboraciones, críticas o comentarios a: chorradamensual@gmail.com



Editorial

Eustaquio T.Rex

Muchos crecimos bajo el embrujo del revólver más rápido y cabalgamos a lomos de un caballo imaginario cuando éramos niños. El cine nos trajo héroes inmisericordes y de gatillo fácil, pero justos y entregados al bien desde el punto de vista de la época. Nombres como John Wayne, Clint Eastwood, Alan Ladd, Charles Bronson, Richard Widmark, Burt Lancaster y un sin fin de ellos más ocupaban las sobremesas de los fines de semana cuando la televisión no era más que un proyecto de lo que ahora es.

Y cómo olvidar a los Marcial Lafuente Estefanía, Keith Luger o Silver Kane, por solo nombrar a algunos de los que llevaron la fiebre del polvoriento oeste a la literatura. Todos ellos nos hicieron imaginar y vivir el mundo del salvaje oeste a lomos de brillantes caballos y heroicos pistoleros. Hombres valientes y rudos, comprometidos con la justicia, más la humana que la oficial.

Debemos admitir que, en la actualidad, es un género bastante olvidado, salvo por apariciones esporádicas en filmes de género. Mención especial al “Sin perdón” de Eastwood o a “Django desencadenado” y “Los odiosos ocho” del siempre especial Tarantino.

Tal vez los niños de hoy no cabalguen azotándose las nalgas sobre corceles imaginarios, pero eso no resta fuerza a un mundo repleto de crudeza, digno reflejo de la dualidad humana, siempre a caballo (nunca mejor dicho) entre el bien y el mal. Un mundo que fue real, no tan distinto del presente, tal vez menos enrevesado.

Nosotros, por nuestra parte, queremos homenajear al sheriff, al apache, al soldado de caballería o al forastero misterioso que nos mantuvo en vilo en algún momento. Quizá muchos no recuerden ya al descarnado y cruel oeste.

CHM no olvida. Nosotros aún guardamos balas que disparar mientras soplamos el cañón de nuestro revólver.

Eustaquio T-Rex.

La Madame y La Forajida

Martius Coronado

Madame Rose Garden supo, como todo el pueblo, que el misterioso inquilino que había llegado un día antes a su hotel de señoritas era el forajido Hope Eye Killer, pero en contra de la opinión mayoritaria y de su habitual proceder, no lo invitó a largarse con su pequeño colt y una sonrisa. La pública recompensa y la noticia de que medio estado de Texas hervía en cuadrillas que perseguían su captura, no la inquietó como de costumbre. Sabía que su permanencia, ya alargada por una semana, significaría problemas y muerte para la relativamente tranquila localidad; pero no le importaba. Quizá porque su próspero negocio, levantado veinte años atrás y que ostentaba a las chicas más alegres y conocidas del medio oeste, iba a dejar de serlo. Había firmado su venta y la llegada del pagaré, prevista para esa misma mañana, iba a significar su despedida y dorada jubilación camino del Este, donde una vida respetable y acomodada la esperaba en Boston, misma sociedad que décadas atrás la había forzado a huir por el escándalo y la vergüenza.

Sin embargo, si había desoído las amenazas de los portavoces del pueblo, el sheriff y el ministro evangélico, era por una simpatía que aún no sabía calibrar. No al menos con razones objetivas y sólidas, sino por una identificación que cuanto más se afianzaba, menos sentido parecía tener. Siempre desconfió de los rudos pistoleros que tras pagar generosamente sus servicios de hospedería, declinaban la compañía de sus señoritas. Porque ya fuera casualidad o no, tras aquel puritanismo cristiano, llegaba indefectiblemente el tumulto, la horca y la amenaza de clausura para su libertino negocio.

En el caso de aquel indio Hopi occidentalizado con fama de implacable, traicionero y cruel, la negativa de aceptar favores sexuales de sus chicas le había granjeado su simpatía, porque algo en su andar andrógino y en la pesadumbre de su mirada, cada vez que se alejaba del pueblo para otear el horizonte, le traía a la memoria su adolescente embarazo y el derrumbe emocional y fugitivo drama que lo siguió. Tal vez porque cuando salió el tema de la maternidad de una de las chicas, un atisbo de dolor centelleó en la mirada del nativo americano, justo antes de sacar del local al cliente que había despreciado a los bastardos y a sus madres.

Aquel amanecer como en las mañanas precedentes, la figura del temido hospedado, perfilada frente a la luz naciente, tuvo a la Madame de testigo. Pero esta vez en su silueta vislumbró una feminidad acentuada por sus cartucheras, la melena y los juguetones trazos que el viento dibujaba con su abrigo. Por primera vez y desde ese instante sintió, que por extraño que

pareciera, aquel pistolero había sido en otro tiempo una madre adolescente que cargaba, como ella, con el insoportable peso de la pérdida de un hijo. Su intuición nunca le había fallado, y a pesar de la imposibilidad, ahora le cuadraba aquella familiaridad y reconocía en su andar andrógino a aquel joven mestizo que meses atrás guiaba al ejército en la caza de pieles rojas y que le despertó el más profundo desprecio.

Hope Eye Killer, subió como cada mañana a la colina que a la espalda de la ciudad permitía la mejor de las vigilancias, y las señales que anhelaba y temía al fin aparecieron. Tal y como había soñado, bajo un carmesí manto de nubes, en la lejanía se adivinaba un grupo de jinetes. El polvo en el horizonte, creciente, ominoso y silencioso, confirma que en una hora todo habrá terminado. Los rostros de sus pesadillas vuelven con un escalofrío y la trémula certidumbre de que entre ellos estará aquel que le dará muerte, aquel cuyas facciones no sólo se sabe de memoria, sino que además de alguna forma le pertenecen.

Podría haber huido, podría hacerlo aún. Los caballos de sus perseguidores estarán exhaustos y el suyo, fresco y descansado, le daría la ventaja suficiente como para aplazar un momento más el fin. Pero eso no es lo que quiere. Se ha cansado de huir, han sido nueve semanas sin tregua, pero ellas no son las culpables. Parece que toda una vida de consecuencias persigue su culpa, y a su edad, la fatiga de las décadas, se ha cansado de eludir la afrenta de sus hechos. Sobre todo porque la luz imposible de sus ensoñaciones no termina con su muerte, tras dejarse matar por aquel joven que remeda sus rasgos, una paz infinita la arroja y conducida por un Kachina, la vida que le fue arrebatada se despliega y vuelve a ser aquella india andrógina. Sólo que esta vez no hay hombre blanco que aniquile su poblado, ni culpa por llevar en su vientre la semilla de los asesinos de su gente, ni abandono de aquel bastardo para camuflarse, con ayuda de sus rasgos bruscos y exacerbados, en la imagen de la huida que lleva veinte años interpretando.

La fatiga de los muertos dejados en el camino, ya no turba con sus caras; su número curiosamente sí. Se obsesiona con su significado, no con su total. Han sido demasiados y el Kachina, aunque lo ha soñado y lo desea, no será clemente con su alma. Cómo va a serlo, si para sobrevivir ha sido, por más de veinte años, uno de esos mismos monstruos que acabó con su gente. Aunque la venganza diera fuerzas y los cadáveres que dejó en el camino fueran en su mayoría invasores blanquitos y depravados, siente que ha dado un mal uso a su existencia; y esa certidumbre corre como el peor de los castigos. El fin, ante semejante cascada de recriminaciones, se sigue antojando como el mejor de los caminos. La condena eterna del hombre blanco no

tiene ningún sentido para sus creencias hopi, no duda de que habrá sufrimiento en su próxima vida, pero al menos tendrá la paz de poder olvidarse de aquella en la que ahora vive.

No muestra prisa ni ansiedad, al entrar en el local de Madame Rose para recoger sus cosas. Ya lo tenía planeado, pero no encontrarla al saldar su deuda, le causa desazón. Sólo habían mantenido una plática, pero su entereza y determinación en darle hospedaje le había suscitado una simpatía que quería recompensar. Su oro, que alguna vez pensó que iba a usar para vivir sus últimos años, iba a ser su regalo para aquella mujer que aún tenía el coraje de cumplir un sueño, y que aunque fuera simplemente por cortesía, había invitado a aquel forajido, que llevaba décadas representando, a acompañarla en su viaje.

Esperó mientras pudo, su llegada. Después escribió una nota desgarbada y dejó una caja con instrucciones a su nombre.

La calle polvorienta y abrasada por el sol, estaba ya solitaria. Las noticias se propagan rápido gracias a esos cables de los hombres blancos, y medio pueblo ha huido para no ser blanco de una bala fortuita y sedienta de sangre.

Debería apostarse en algún tejado, pero no busca la supervivencia, sino fingir una actitud heroica. Antes del sonido, viene un torbellino de aire viciado y espeso que levanta bruma de arena, tras ella se cuele el primer pistolero. Una vez confirmados sus rasgos, dispara y lo mata atravesando su ojo izquierdo. A continuación, un trío de jinetes a sus espaldas dispara una andanada, mientras descienden y se resguardan para tomar posición y seguir su ataque, en búsqueda de cobijo consiguen herir su hombro, pero no lo suficiente como para que no pueda blandir su winchester.

Una vez inspeccionados los rostros, y por no pertenecer a quien espera, van cayendo uno tras otro, como si fueran un mero trámite necesario para que aparezca la mestiza faz de sus sueños. Dos muertos más y una media hora interminable hacen falta para que lo vea, o eso cree. Lo acompañan dos figuras más, y a su escondrijo se abalanza, a trompicones y sin dejar de clavar sus ojos en aquel rostro, disparando a su entorno para conseguir que quede solo él y tenga que aceptar su reto.

Cuando los revólveres a sus extremos se silencian, sabe que ha llegado el momento. Y lo ejecuta tal y cómo lo soñó tantas veces.

- ¡Aquí estoy, un duelo limpio, solos tú y yo!

Hope Eye Killer dirige la parsimonia de sus últimos pasos al centro de la calle. El otro, aunque se demora más de un minuto, no deja de hacer lo mismo. La corta distancia permite el reconocimiento. No le sorprende que sus rasgos coincidan con el rostro de sus sueños, sí que en ellos reconozca su pasado y sus propias facciones, y que al hacerlo sienta un vahído de dolor. Piensa, si tiene que morir, que al menos sea en manos de quien puede ser su hijo.

Los años de vigilancia y su mirada periférica, alcanzan a ver a Madame Rose apostada en la ventana, con un rifle. Intuye que va a disparar, que pretende salvarla, pero no puede permitirlo. La rapidez con la que desenfunda le permite acertar en el rifle, la bala de respuesta del otro duelista, acierta en su pecho.

En su caída cree ver al espíritu del Kachina, que ya la espera. Por primera vez en años, siente que es feliz. Después, con el rostro de un hijo ideal difuminándose, pide a los espíritus de sus antepasados por él, y que a ella le permitan ver a sus seres queridos antes de enfrentar el castigo de una próxima vida.

Curiosamente su último pensamiento va dirigido a Madame Rose: “No, no me había equivocado con ella. A pesar de ser una piel blanca, tiene buen espíritu.”



La leyenda de T.Taylor

Damian Lynch

Thomas Taylor bajó de la diligencia cansado del viaje. Veinticuatro días interminables, rodeado de polvo, sudor y votando como una cabra eslovaca sobre un asiento de madera que crujía como el hielo en agua hirviendo.

Por fortuna, la aventura había concluido de forma exitosa. Le encantaba esa palabra, éxito. Era cuanto le esperaba, pues así lo había dispuesto el destino.

Phoenix aparecía ante sí con aspecto árido, aunque él sabía que no se trataba más que de algo efímero. Sus cálculos aritméticos nunca fallaban, y aquél era el lugar perfecto para su negocio. Tan solo un hombre con sus dotes de videncia habría podido prever una ocasión tan aprovechable como aquella.

Él era T. Taylor, el primer fabricante de trineos afincado en Arizona, y nada ni nadie lograría detener su poderoso imperio.

Pero primero debía ocuparse del alojamiento. Para ello extrajo de su bolsillo un plano que un tipo de New York le había vendido por una considerable cantidad de dinero bajo la promesa de ser exacto al cien por cien. Quizá resultara un poco extraño que el improvisado cartógrafo escribiera Finis al pie del dibujo después de preguntarle sobre su destino, mas a Thomas no le pareció sino un gesto de deferencia hacia él tras el generoso pago. Lástima que olvidara escribir la localización de los hoteles más insignes.

Con un tirón sin importancia sus poderosos brazos levantaron las bolsas de equipaje y herramientas del polvoriento suelo, marchando en dirección al local más cercano. Multitud de voces salían del recinto. “Una fiesta, seguro”, pensó el exitoso empresario. Empujó jubiloso las pequeñas puertas abatibles, e introduciéndose con decisión en el establecimiento, soltó con estruendo el pesado petate con herramientas, produciendo así un estruendo metálico que silenció el lugar.

Multitud de manos apuntaron hacia Thomas, portando cada una de ellas un cilindro metálico. Ignorante de las peculiares costumbres del lugar, el sabio emprendedor creyó que aquel debía ser el saludo típico de los lugareños.

- ¡Encantado de hallarles tan gozosos y radiantes, caballeros! Es para mí un placer conocerles a cada uno de ustedes. Permítanme presentarme.

Los dos metros de empresario se encorvaron ante los allí presentes en una reverencia bien conjuntada con el descubrimiento de su cabellera pelirroja. Un kilo y medio de polvo se derramó de la chistera.

- Mi nombre es Thomas Taylor y, desde hoy, el destino de esta ciudad ha sido sellado.

Poco o nada esperaba el bueno del fabricante de aquellos hombres. Lo que él ignoraba era que aquel antro fuera el más temido de la ciudad. Las mismas autoridades evitaban cruzar cerca de sus puertas, pues se trataba del cubil donde los más peligrosos forajidos se reunían con la impunidad que las balas solían otorgar.

Pero hasta la más mezquina de las mentes es vulnerable a la curiosidad y la sorpresa. Para los presentes, quien se manifestaba ante ellos se trataba de un hombre fornido, con ropas extravagantes y una extraña melena anaranjada que en nada mostraba el temor debido. Uno a uno fueron bajando el arma, intrigados ante el forastero que aseguraba poder cambiar el destino de Phoenix.

- ¿Cuándo es aquí la temporada de la nieve?
- Una veintena de ojos se escudriñaron entre sí ante la enigmática pregunta.
- ¿Nieve? – preguntaron un par de voces- .
- Sí, tengo algo preparado para ustedes para cuando llegue el momento. Cuando les caiga encima podrán estar preparados. Yo soy su hombre, sin duda alguna.

Todos asintieron, con el convencimiento de que la oferta del hombretón se refería a algo importante. Parecía dejar entrever que una amenaza inminente se cernía sobre la hegemonía que ejercían sobre la ciudad. El, sin duda, lenguaje en clave del empresario, terminó por convencerles de su importancia.

- ¿Lo que nos trae es valioso?
- No podrán vivir sin ello, se lo aseguro.

Un murmullo de aprobación se apoderó del local. Hacía tiempo que corría el rumor de que el ejército pensaba actuar sobre la zona ante la avalancha de delitos que sufría.

- ¿Qué debemos hacer?

- Está claro. Subir a las montañas cuando caiga la nieve. Allí será donde mi artillugio les será de utilidad.
- ¿Y cuándo se supone que caerá la “nieve” esa?

El movimiento de cabeza de Taylor provocó que parte del polvo que sobrevivía en el sombrero se introdujera en sus ojos. La mirada achinada de Thomas asustó al tipo sin dientes que acababa de hacer la pregunta.

- Según mis cálculos, está al caer. Es inminente.

Acto seguido, pidió la llave de una habitación donde descansar, desapareciendo de la vista de los compungidos malhechores.

Cuenta la historia que tres días más tarde, el veinte de marzo de 1860, cayó sobre Phoenix una nevada sin precedentes. Los bandidos que aterrizaraban a la ciudad desaparecieron de manera misteriosa dos días antes. Nadie los volvió a ver por allí.

Thomas Taylor nunca llegó a las montañas. Tuvo la fortuna de hallar una mina de cobre que le hizo inmensamente rico cuando deambulaba perdido tirando del trineo.

Más tarde se arruinó al invertir toda su fortuna en una fábrica de gorros de algodón para el frío. En 1880 murió atropellado por el primer ferrocarril que llegó a la ciudad. Algunos dicen que intentaba limpiar el sombrero cuando ocurrió.



MIRADAS

Casi siempre era igual. Sobre todo desde pocos años atrás, cuando casi había dejado esos trabajos por encargo que poco a poco le habían ido proporcionando la siniestra fama que ahora tenía. Y mucho más atrás en el tiempo, sepultado ahora por el oro, el prestigio, la ambición y la borrachera de poder, se ocultaba en un oscuro rincón de su cerebro el vago recuerdo de sus comienzos como ayudante del Sheriff Seridan, al otro lado de la tantas veces difusa línea que separa a los buenos de los malos. Era todavía un adolescente cuando Seridan y él se cargaron, en apenas veinte minutos, a los siete miembros de la tristemente famosa banda de Sad Slatter, momentos antes de que Sad y los suyos atracaran el banco situado en el centro de la población. En aquel momento su nombre, Peter Jackman, comenzó a sonar, al principio pronunciado con admiración y respeto, para irse convirtiendo con el paso del tiempo en un susurro dictado por el terror.

Sí, en esta ocasión tampoco había sido diferente. Cuatro jóvenes con la adolescencia recién abandonada, bebiendo a su lado en la barra del saloon mientras reían y hacían bromas pasadas de tono a costa de la bailarina que daba torpes pasos de can can, subida a una plataforma de madera situada en una esquina del local, al ritmo de la música que un pianista con gafas de cristales redondos extraía de su instrumento a fuerza de aporrear las teclas.

Un mal movimiento de uno de aquellos jóvenes, causado seguramente por el exceso de alcohol y por un aspaviento mal medido, provocó que el whisky que estaba tomando se derramara sobre la espalda de Peter.

Probablemente no habría ocurrido nada. Peter se volvió lentamente, sonriendo, esperando la disculpa de aquel mozalbete.

Sin embargo, una vez más, volvió a ocurrir. El joven se dio la vuelta, y en lugar de pedir perdón, se encaró con el pistolero con mirada insolente.

— ¿Se puede saber qué narices haces, imbécil?

Peter Jackman no contestó. Ni siquiera dejó de sonreír. Simplemente esperó, como en tantas otras ocasiones anteriores, a que su simple presencia provocara lo que casi siempre ocurría. Había aprendido a lo largo de su carrera como pistolero que en este momento, previo a todo lo demás, era precisamente cuando había que comenzar a enfriar la sangre. A los personajes como él no les hacía falta en absoluto desperdiciar tiempo, ni energía alguna, enfren-

tándose o siquiera hablar con el agresor. Eran el auditorio, y lo que marcaba la tradición en este tipo de casos, los que decidían el desarrollo de los acontecimientos.

Así pues, lo primero que sobrevino fue el silencio. Un silencio denso, que casi se podía tocar. Después, el propio Peter, pero sobre todo el joven, pudieron escuchar claramente, procedente desde el otro extremo de la barra, el temeroso susurro que anticipaba la tragedia. “¡Es Peter Jackman!”.

Aquellas palabras desencadenaron los primeros pasos de aquella macabra danza tantas otras veces interpretada por el pistolero, su rival y la comparsa, formada a partes iguales por seres sedientos de sangre y personas de alma noble, que en ocasiones intercambiaban sus papeles a medida que el espectáculo se iba desarrollando. Primero, el ruido de las patas de las sillas sobre el suelo de madera del saloon. Algunos se levantaban por miedo a las balas perdidas, y otros para coger en la calle un lugar privilegiado para contemplar con la mayor claridad posible la sangre que en breve se iba a derramar.

El ruido de la madera se unía a la ralentización, hasta parar por completo, de la música procedente del piano. Era algo que a Peter le había sorprendido siempre. Se diría que el pianista se resistía a terminar la pieza ante una situación de tensión como era aquella.

El joven estaba tan acelerado, que ni siquiera se había percatado de la gravedad de la situación. Bufaba, como si tuviera grandes esfuerzos para no abofetear la chupada cara de aquel larguirucho, que le sonreía de una forma que al joven se le antojaba bobalicona. Poco a poco, a medida que se iba calmando ese primer impulso de toro a punto de embestir, miró de reojo a la concurrencia, escuchó el espeso silencio, y se dio cuenta de que algo no iba del todo bien. Había escuchado el nombre de aquel sujeto, pero a él no le decía nada. Al volverse, y ver los ojos de sus tres amigos, detectó que, seguramente, él era la única persona en aquel local que no conocía a Peter Jackman. Los tres se alejaban de él, muy lentamente, caminando hacia atrás, mirándole, y eso fue lo que le aterró, como si ya estuviera muerto. Sintió que el frío de aquellas miradas le atravesaba el cuerpo de la cabeza a los pies.

Tragó saliva, y se giró lentamente hacia aquel hombre. Le observó de abajo hacia arriba, deteniendo la mirada en la canana, de cuero perfectamente engrasado, y en las cachas de blanco nacarado de sus dos revólveres. Sin muescas.

Las muescas en el arma marcaban las muertes desencadenadas, pero al mismo tiempo denotaban la poca experiencia en matar del tirador. A partir de un cierto número de muertes los pistoleros dejaban de hacer muescas.

Peter estaba tranquilo. Deseaba fervientemente que el joven diera marcha atrás, para seguir degustando con tranquilidad el whisky que había dejado a medias. Era muy sencillo. Una simple mirada de súplica, una frase de disculpa... El lenguaje de los gestos era imprescindible en situaciones como esta. Le observó con atención. Canana nueva, tan limpia que se notaba recién comprada. Pistolas con el percutor immaculado, apenas usadas... "Por favor, muchacho, no lo hagas", pensó Peter.

Pero lo hizo. Aquel joven sintió cientos de ojos clavados en él, y ese estúpido orgullo, que había empujado a muchos a morir antes que ser tachados de cobardes de por vida, se apoderó de él. Peter no había entendido jamás esa actitud. Uno puede perder la vida por una mujer, por una buena cantidad de dinero, o por otras razones, pero perderla por lo que los demás pudieran pensar de él, por el que dirán, le parecía absurdo. No lo entendía, porque jamás le habían importado los demás. Desde niño se había sentido sólo. No albergaba ningún sentimiento, ni de amor ni de odio hacia nadie, y por lo tanto, no era capaz de valorar ni de entender los sentimientos de los otros. Ni le importaban lo más mínimo.

El caso es que aquel joven miró a su alrededor. No podía soportar la idea de que le tildaran de cobarde, cuando lo cierto es que cualquiera de los presentes en aquel escenario se cargaría literalmente de miedo si tuviera que intercambiar su lugar con él.

Al tiempo que se alejaba, separó los brazos del cuerpo, dejando las manos, abiertas, cerca de los revólveres.

Surgió entonces otro patrón de conducta. El pistolero, con el rabillo del ojo, pudo ver al tabernero, a su lado, inclinarse para coger algo, con su brazo izquierdo, bajo la barra del bar. Peter le miró, directamente a los ojos.

— Aquí no, Jackman.

Lo dijo con fuerza, pero Peter pudo detectar un cierto tono de súplica. Era un rifle lo que estaba acariciando aquel hombre. Lo sabía. Podía desenfundar sus dos revólveres, uno en cada mano, y meterles una bala en la cabeza a cada uno. Una a aquel joven que ya olía a muerto, y otra al tabernero. Pero no lo hizo. Se limitó a sonreír.

— No se preocupe —Después se dirigió al joven—. Vamos a la calle.

El chico salió sin quitarle la vista de encima, de espaldas, y bajó los dos peldaños que separaban el porche de la calzada de tierra casi tropezando.

Hubo gritos, sobre todos de espectadores que avisaban a algún conocido para que no se perdiera aquel duelo inesperado. En una población tan tranquila como aquella, un duelo era siempre un espectáculo, aunque su resultado resultara tan previsible como en esta ocasión. Nadie tenía la intención de evitar el enfrentamiento.

Uno de los amigos del joven salió corriendo y se metió en un almacén situado al otro lado de la calle.

Se situaron en el centro, a unos diez metros el uno del otro. El público, en completo silencio, se agolpaba en los porches situados a uno y otro lado.

Del almacén salió el amigo del joven, acompañado de una mujer vestida de blanco, con un elegante lazo azul anudado al cuello. Con el rostro descompuesto, trató de abalanzarse a la calzada, pero se lo impidió un indeterminado número de brazos.

— ¡Richard!

Así que, pensó Peter, aquel inconsciente que se encontraba a punto de abandonar este triste mundo se llamaba Richard.

La mujer clavó sus ojos en los del pistolero. En ellos no había odio, ni súplica, ni perdón, pero expresaban algo que Peter no supo interpretar al principio. Al principio, porque casi al instante comprendió, de golpe, como un mazazo a su conciencia, lo que el joven inconsciente significaba para aquella mujer. Y comprendió también que nadie, jamás, iba a dirigir a nadie una mirada así por él.

Peter dobló las rodillas y echó mano rápidamente a su revólver. Pero la dejó ahí, tocando la culata, esperando. El joven desenfundó a su vez, increíblemente lento, y vació las seis balas de su colt recién estrenado.

Peter sintió tres golpes, casi simultáneos. Uno en su pecho, otro en el abdomen, y el tercero en el cuello. “Así que es así —pensó—. Golpes.” Mientras se desplomaba, cayó en la cuenta de que aquel inepto había fallado la mitad de sus disparos. “tres de seis. Esta mujer va a sufrir mucho con su amado. No tiene mucha destreza el tal Richard”.

No, no tenía destreza, pero poseía algo que él, Peter Jackman, no había tenido nunca. Algo que no había sido capaz de valorar hasta que aquella mujer vestida de blanco clavó los ojos en los suyos.

Unos cuantos hombres se acercaron hacia él, al tiempo que la mayoría rodeaba al joven para felicitarle por su gran hazaña. Peter estaba tumbado boca arriba, sintiendo escapársele la vida a cada boqueada. No sentía dolor, pero sí una creciente sensación de debilidad causada por la pérdida de sangre.

Un hombre mayor, calado con sombrero de ala ancha y el rostro cargado de arrugas, se inclinó a su lado y le susurró algo al oído.

— ¿Por qué lo has hecho, Jackman? Ese joven es un inepto. Te he visto en muchas ocasiones como esta, y sé de sobra que te has retrasado adrede. Podías haberle metido seis balas en el cuerpo antes de que desenfundara. No me dejes con la duda, ¿por qué lo has hecho?

Peter Jackman tragó un vómito de sangre antes de hablar. No quería que su voz, en sus últimas palabras, sonara débil.

— Por una mirada. Por una simple mirada.

FELIX JAIME CORTÉS. 7 de Marzo de 2016

**¡PONME OTRA,
PRECIOSA!**

¡Sí...



¡CUIDADO, COMPAÑEROS!

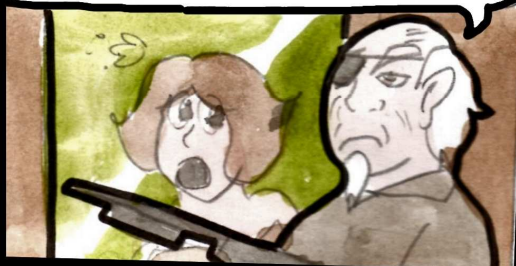


¡NO SE ASUSTEN, TRAIGO CONMIGO UN SARNOSO INDIOS QUE HE ENCONTRADO DESORIENTADO POR LA LLANURA! ¡SEGURAMENTE SEA UNO DE ESOS QUE ATACARON LONG VALLEY LA SEMANA PASADA!



¡NO OBSTANTE, LE TENGO BIEN ATADO!

¡NO QUIERO PROBLEMAS EN LA TASCA DE MI ABUELO! ¡DÉJALO FUERA O LE LLENO DE PLOMO, AMIGO!



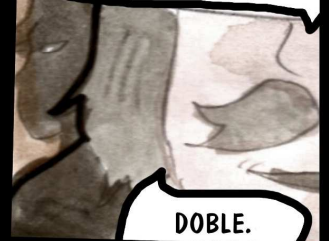
¿ES TUYO?



YA LO CREO, SEÑORITA

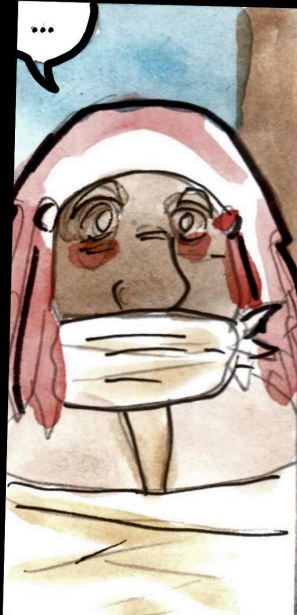
BUSQUE SUS PROPIOS PROBLEMAS Y DEJE LOS MÍOS COMO ESTÁN. PÓNGAME UN RON.

¿EL SHERIFF SABE QUE LE TIENES?



DOBLE.

QUÉDATE EN LA PUERTA, COMO TE MUEVAS TE VUELO LA CARA ESA QUE TIENES.



...

¿HABLAS INGLÉS?



MMMM

LO TOMARÉ COMO UN SÍ.

MMMMMM

SÉ LO QUE VA A HACER CON-TIGO ESE CAPULLO.TE VA A VENDER. SE SACA UN BUEN PRECIO.

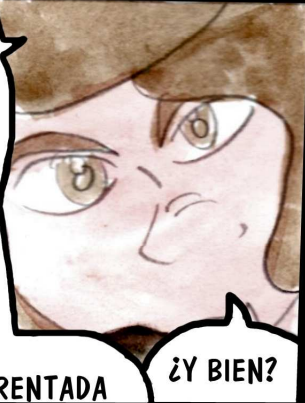


EH EH.

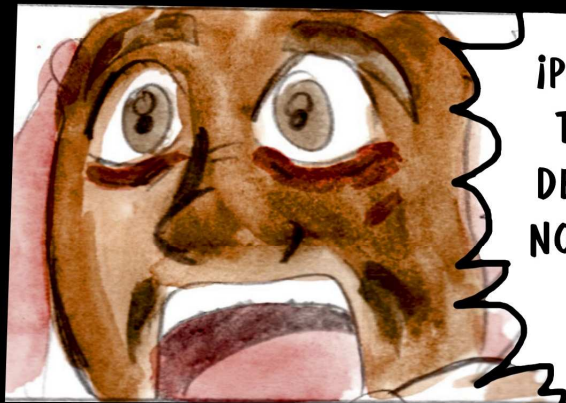
¡EH!
¡NO HAGAS RUIDO O TE VUELO LA CABEZA!



SÍ, BUENO, ¿QUÉ QUIERES? TE ATRAPA UN BANDIDO Y TE LIBERA UNA BANDIDA, PERO SI TE MUEVES MUCHO ACABARÁS CON LA CARA ENSANGRENTADA



¿Y BIEN?



¡POR FAVOR, TIENE QUE DEJAR IRME, NO ME PUEDO QUEDAR AQUÍ!

EH EH EH EH.... HAREMOS UNA COSA, TÚ ME LLEVAS A TU CAMPAMENTO CON LOS TUYOS, YO COJO LO QUE NECESITO, PROVISIONES Y DEMÁS Y LUEGO SIGO MI CAMINO.YA SABES, SOY ALGUIEN BUSCADA.

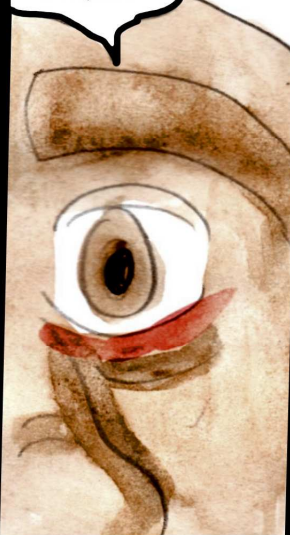


NO... NO LE HARÁ NADA A LOS MIOS... SOLO COGERÁ PROVISIONES Y SE IRÁ ¿NO?

¿VAS A ARRIESGARTE? PORQUE CON ÉL ACABARÁS EN UNAS MINAS AL SERVICIO DE ALGÚN SUREÑO GOBERNADOR CORRUPTO.



BIEN....



VAMOS A POR EL CARRUAJE.



GRACIAS...



TIENES QUE
TOMAR EL SEGUNDO
CAMINO, EL QUE
LLEVA A LA
LLANURA.

SÍ,
DONDE
TE ENCON-
TRARON.

NO, NO
ES POR
AQUÍ, ES
POR EL
OTRO LADO.

¿SABES CUÁNTO PAGAN POR UN INDIO QUE
TRABAJE DE SOL A SOL?

Y PENSAR
QUE IBA
A DEJAR
QUE TU
RAPTOR
SE LLAVA-
SE TODO
ESE ORO

....

.....

GALIELÓN COMICS

El polvo de los dioses

Pepo, el estrafalario

Cuando acabó la Guerra de Secesión, mucha gente emigró al Oeste para convertirse en colonos al amparo de la Ley de Asentamientos Rurales, que otorgaba la propiedad de la tierra al que la trabajase. Aunque había amplias áreas de esa tierra prometida que no consistían más que en desierto yermo, por lo que nadie se molestaba en intentar echar raíces allí y acabaron convirtiéndose en meras zonas de paso. Nuestra historia comienza en una de estas zonas, tan árida que acabaron llamándola Arizona.

El polvo se había ido depositando sobre la casaca de Lluvia-que-camina mientras esperaba pacientemente agazapado tras una roca sobre uno de tantos promontorios que pueblan el Gran Cañón. Había andado con grandes jefes apache como Cochise y Gerónimo y sabía que, a veces, era necesario aguardar varias lunas delante de la madriguera del oso para poder cazarlo. Entonces vio el humo, tras un grupo de colinas que reverberaban irreales bajo el sol al Sudeste, como si se tratara de un espejismo. Las pequeñas nubecillas blancas ascendían en una aparentemente caprichosa cadencia, difuminándose hasta desaparecer en su búsqueda de la paz celestial. Lluvia-que-camina se colocó la mano a modo de visera en la frente para que el sol no le impidiera leer, aunque el mensaje no dejaba lugar a dudas: el objetivo se acercaba.

El coyote aulló, aunque no era de noche. Precisamente por eso, Diente-retorcido y los suyos sabían que no podía tratarse de ninguna alimaña, sino de Lluvia-que-camina, y que eso significaba que la presa se aproximaba a la trampa. Pronto podrían continuar su colección de cabelleras. Diente-retorcido estaba contento porque así podría olvidar el desengaño de la última remesa, que tuvo que arrojar al fuego porque estaba infestada de piojos. Al parecer, los inmigrantes llegaban desde zonas cada vez más deprimidas.

A pocas millas de allí, un curioso carro *Rockaway* monoplaza cruzaba la planicie a toda velocidad, dejando tras de sí una polvareda que se perdía en el horizonte. Lo insólito no era tanto el carruaje como la caballería que le proporcionaba la fuerza motriz. En realidad, no había tal caballería. Zadock Dederick, el piloto, sujetaba orgulloso las riendas de su “hombre de vapor”, un ingenio en el que había trabajado los últimos seis años y que, por fin, se había materializado en algo real. Era su particular venganza sobre todos aquellos que le habían tildado de loco y visionario, esto es, sobre el resto de la humanidad.

Para hacer honor a la verdad, su fama debía tanto a sus teorías como a su aspecto. Y es que, aunque Zadock aún no había cumplido los treinta, ya mostraba una más que incipiente calvicie de la que escapaban cuatro mechones desordenados, y cuando hablaba gesticulaba de modo aparatoso y sus pupilas titilaban mientras sus ojos se movían en todas direcciones bajo sus pobladas cejas negras, todo lo cual contribuía a poner nervioso al interlocutor más flemático y a caracterizarle muy a su pesar como el típico genio chiflado.

Hacía varios meses que el señor Dederick había abandonado la comodidad de su hogar en Newark (Nueva Jersey) para exponer su patente a lo largo y ancho del país: Nueva York, Boston, Chicago, San Luis o Nueva Orleans habían vibrado bajo los zapatos metálicos de su “hombre

de vapor". Sin embargo, todavía no había conseguido un mecenas dispuesto a producirlo a gran escala. El principal obstáculo eran los elevados costes de fabricación, aunque confiaba en reducirlos pronto con una serie de arreglos de dos mil a tan sólo trescientos dólares. Entonces, todo el mundo podría tener su carruaje auto-móvil y las distancias dejarían de ser un problema en aquel vasto territorio. A apenas quinientas millas de allí, en Promotory (Utah), Union Pacific y Central Pacific acababan de unir sus caminos en mayo con un clavo de oro. Si se tenían en cuenta el tiempo, capital y esfuerzo invertidos en enlazar por ferrocarril la Costa Este y la Costa Oeste, el "hombre de vapor" era una auténtica ganga incluso por dos mil dólares. Y tenía la ventaja de que no necesitaba raíles y era el propio conductor el que decidía la ruta.

El carro entró a toda velocidad en la explanada que se extendía frente a las colinas donde esperaban Colmillo-retorcido y sus secuaces, agazapados tras las rocas. Corría tan rápido que estuvo a punto de dejar atrás a su propia sombra. El viejo Chorlito-clueco no pudo reprimir su admiración:

- Eso ser caballos y no los sacos de pulgas que montar nosotros...
- Mira que te ha dado fuerte con eso de hablar con infinitivos –dijo Lluvia-que-camina, incorporándose al grupo tras descender de su atalaya; y es que a Chorlito-clueco le gustaba explotar los tópicos-. Pero tienes razón... ¿qué les darán de comer los rostros pálidos?

Zadock se dio cuenta de que la máquina estaba perdiendo fuelle en el preciso momento en que entraba en el desfiladero y la sombra de las colinas comenzaba a refrescaba su tez, duramente castigada por el sol durante toda la mañana. Junto al elevado coste, ése era el otro inconveniente de su invención. Debía parar cada dos o tres horas a alimentar el horno que el autómatas portaba en su vientre. Eso suponía que, en un viaje largo como aquél, debía reservarse buena parte del espacio del equipaje a almacenar carbón.

Los buitres revoloteaban en la franja de cielo que las colinas dejaban al descubierto y, aunque el ingeniero era un auténtico *pie tierno*, los círculos concéntricos que describían sobre su cabeza no le parecieron el mejor augurio. La confirmación de sus temores le llegó inmediatamente en forma de lluvia pétrea y, si su artefacto no se hubiera detenido por completo al quedarse sin combustible, el desenlace habría resultado fatal.

Cuando se disipó la niebla que había formado el polvo levantado por las rocas al golpear el firme mezclado con los restos de vapor del aparato, un enjambre de indios apareció tras la montaña de cascotes que bloqueaba el paso. Al frente de ellos marchaba Diente-retorcido, que se aproximó a Zadock blandiendo un enorme machete. De un manotazo le arrancó la chistera y el inventor se encomendó a su creador, cerrando los ojos e hincando las rodillas en el suelo.

Un risita nerviosa sustituyó al golpe mortal que esperaba, y luego se sumaron otras, aunque su absoluto desconocimiento del apache o cualquier otra lengua atabascana le impidió entender qué era aquello tan gracioso que, al menos en primera instancia, le había salvado el pellejo.

- Alguien se te ha anticipado y le ha quitado la cabellera a este rostro pálido –dijo Lluvia-que-camina apuntando a la calva de Zadock.

Pero Diente-retorcido no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente y se dirigió al autómatas uncido al carromato, golpeándole con el mango del cuchillo en el sombrero, esto es, en la chimenea de hierro por donde evacuaba el vapor la máquina. Al ver que no lograba quitárselo para descubrirle la cabeza, lo agarró con ambas manos, abrasándose en el acto. La reacción de sus compañeros, viéndolo retorciéndose de dolor en el suelo, no fue sino aumentar el escarnio y Zadock tuvo que hacer grandes esfuerzos para no unírseles en sus carcajadas.

Chorlito-clueco se acercó, algo receloso, y al ver que el robot había cesado todo movimiento, un poco más relajado.

- Chorlito-clueco ser hermano de Jinete-sin-caballo si enseñar secreto de gran fuerza.
- No seas estúpido, Chorlito-clueco –le espetó Lluvia-que-camina- ¿no has visto que no es más que un muñeco?

Pero el viejo guerrero no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente y, aproximándose a Zadock, le pasó un brazo sobre los hombros y le dijo:

- Tú decir a Jinete-sin-caballo que Chorlito-clueco querer fumar pipa de la paz.
- Lo siento, no comprendo.

El ingeniero se rascó la cabeza, sin recordar que aún llevaba enrollado en el brazo el cordel que accionaba la pipa que el “hombre de vapor” llevaba en la boca a modo de silbato, y un chorro de aire remanente escapó con un pitido chirriante. Todos los apaches dieron un salto atrás, salvo Chorlito-clueco, que entendió aquello como la respuesta del propio Jinete-sin-caballo a su requerimiento de amistad.

- Jajaja, ¿ver cómo Jinete-sin-caballo no ser muñeco? ¿acaso Lluvia-que-camina conocer muñeco que fuma? –el aludido calló, debatiéndose entre el escepticismo y la prudencia- Como Jinete-sin-caballo tener su propia pipa, cada uno fumar la suya.

El apache extrajo de su guerrera una caña alargada de la que colgaban varias plumas de adorno y que Zadock confundió con un *tomahawk*, entendiéndolo que su buena fortuna había terminado ya. El inventor volvió a hundir la cabeza entre las manos, para evitar contemplar la escena de su propia decapitación, hasta que unos golpecitos rítmicos en el antebrazo le animaron a desistir de tan ridícula actitud. Al separar los brazos, vio la boquilla de aquel cacharro humeante apuntándole al pecho.

- Hermano de Jinete-sin-caballo fumar.
- Eeeh, no gracias, lo estoy dejando.

En ese momento, Diente-retorcido, que había logrado recomponer un poco la compostura tras refrescarse las manos con la cantimplora, se dirigió a sus hombres hecho un furia, clamando venganza:

- ¡Acabad con el rostro pálido y su criatura endemoniada!

-
- Está bien, está bien, fumaré –dijo Zadock tomando la pipa, creyendo que el enfado de Diente-retorcido tenía que ver con su negativa a recaer en el pernicioso vicio de la nicotina.

El gesto le salvó efectivamente, pues significaba que el rostro pálido había aceptado compartir la paz que le ofrecían los apaches y cualquier ofensa posterior contra su persona sin previa provocación habría sido interpretada como una cobarde traición.

Chorlito-clueco hizo ver a Zadock que deseaba que el hombre de vapor siguiera fumando con ellos, y el ingeniero se dispuso a repostar combustible, tanto para satisfacer a su nuevo amigo como para poder continuar el viaje. Abrió la compuerta del abdomen del robot –con gran sorpresa por parte del bando apache- y, llenando la pala de carbón, procedió a alimentar la caldera. Cuando se recuperó de la impresión, Chorlito-clueco le ayudó en la tarea con sus propias manos, que pronto se tiñeron de negro.

- Vale, ya está lleno. No eches más –le agradeció la ayuda Zadock cuando completaron la carga, y el indio se quedó mirando aquellas ligeras piedras negras, sin saber muy bien qué hacer con ellas.

Después, el ingeniero añadió el agua que le quedaba en el bidón, sin llegar a llenar por completo el depósito de la máquina, aunque calculó que sería suficiente para llegar a su destino.

Antes de subir al carro, hizo ademán de devolverle a Chorlito-clueco la pipa, pero éste le detuvo a tiempo con un ademán. No debía rechazar la paz que acababan de compartir, y llevando la pipa consigo tendría ocasión de compartirla con otra persona que, a su vez, se convirtiera en su nuevo vehículo. La paz, como la tierra, el agua de los ríos o el aire, es de todos. De algún modo, Zadock le entendió.

El inventor accionó los mecanismos y, lentamente, las articulaciones del hombre de hierro se pusieron en marcha. Entonces, hizo sonar de nuevo el silbato del hombre de vapor y los apaches levantaron la palma de sus manos en señal de despedida. El vapor escapó en una gran bocanada por el sombrero del autómatas, que superó las rocas despeñadas por el estrecho pasillo que habían dejado expedito junto a la pared rocosa y emprendió la carrera a través del desfiladero, abandonándolo en cuestión de segundos para desaparecer al otro lado, envuelta en humo.

- Bueno, pues hala, cada uno a su *tipi* –dijo Diente-retorcido, deseando llegar a la cabaña del brujo para que le hiciera un emplasto para las quemaduras.
- Sí. Parece que hoy no cazaremos caballerías –dijo Lluvia-que-camina, con cierto recochineo-. Y tú, ¿Por qué estás tan contento?

Chorlito-clueco no contestó. Él también estaba ansioso por regresar al poblado para machacar aquellas piedras de fuego que le había regalado Jinete-sin-caballo. Con el polvo resultante podría llenar, al menos, dos docenas de pipas que le darían la superfuerza necesaria para recorrer a toda velocidad el desierto de punta a punta. Ahora era hermano del hijo del viento, y se sentía invencible.



EL HOMBRE DE VAPOR DE NEWARK

El 24 de marzo de 1868, Zadock Dederick patentó el “Hombre de vapor” que había inventado en Newark (Nueva Jersey) con Isaac Grass. El ingenio era capaz de alcanzar los 100 kms/hora, aunque se estimaba poco seguro por encima de la mitad de esa velocidad, debido a los obstáculos que podía encontrar en el camino. Dederick recorrió medio país en busca de apoyo financiero, pero la industria le dio la espalda por los elevados costes (2.000 \$) de su invento.

Sin embargo, logró despertar la imaginación de sus contemporáneos, comenzando por Edward S. Ellis, autor de *El hombre de vapor de las praderas* (1868), y siguiendo por Harry Enton con *Frank Reade y su hombre de vapor de las praderas* (1876). A partir de 1882, Luis Philip Senarens –el Verne americano- convirtió a *Frank Reade* en una de las sagas más exitosas de la primera ciencia-ficción norteamericana.

Venganza

J.J.Hernández

El cielo claro, aves de gran tamaño que buscaban carroña por los alrededores, una vieja granja gris y descolorida, una planta rodadora moviéndose a cierta velocidad, un niño llorando ante los cuerpos inertes de sus padres, jinetes que se alejan por el camino, una nube de polvo que se eleva hacia el cielo, un pato de dos metros que entona una hermosa canción al tiempo que se levanta la falda y enseña los muslos.

Despertó, estaba acostumbrado a soñar con el fatídico día en que se quedó huérfano, aunque a veces su mente le jugaba malas pasadas e incorporaba detalles nuevos para amenizar los momentos de llanto y dolor.

Estaba tumbado en una cama, a su lado estaba Mary, una prostituta robusta, con los pechos tan grandes que parecían brazos extra, pero no los miró mucho tiempo, primero porque había pasado casi toda la noche con uno de esos en la boca, y segundo, porque la moralidad exige que se hable sólo de cosas para todos los públicos, como tiroteos, acoso, insultos..., pero tetas no, las tetas tienen algo que hace que los inquisidores de la policía moral entren en las habitaciones de los burdeles con cartulinas negras y se pasen horas censurando pezones.

Aspiró el aire de la habitación, viciado. No vamos a entrar en detalles como los olores de la estancia, era una sala pequeña, con la ventana cerrada, y allí estaba él, un joven flatulento, y a su lado una mujer que podía competir en tamaño y circunferencia con las mejores vacas del condado, y no se habían pasado la noche jugando a las cartas, no toda la noche al menos.

Había sido un pequeño homenaje a sí mismo, porque ahora, con el nuevo amanecer, iba a batirse en duelo. Todavía no estaba del todo seguro de si su oponente aceptaría, pero no le importaba.

Iba a vengar la muerte de sus padres, y para la ocasión se había comprado dos frascos del potente elixir del doctor Carson, en total un litro de un brebaje que, según el propio doctor, hacía a los hombres inmortales durante horas. Llevaba sal del Himalaya, aceite de serpiente, bayas del Goji, ginseng..., y todas esas cosas que, por lo visto, retrasaban la muerte y se vendían tan bien en la actualidad. ¿Por qué no probar?, de todas formas la vendía un tipo que prestaba su cara a la etiqueta del producto, un hombre entrado en años con un bastón..., ¿cómo no iba a ser cierto?

Se tomó los dos frascos, acto seguido se vistió, cosa que le costó un buen rato, pues se había dejado una de las botas entre las mejillas del culo de Mary, y sin el efecto del alcohol, aquello ya no le parecía tan divertido.

Bajó a desayunar, unos trozos de panceta, un par de huevos, café, whisky..., un desayuno completo para empezar el día correctamente.

—Eh, amigo, dicen que Postilla Joe llegó a la ciudad hace un rato —comentó el camarero—. Ayer hablabas sobre matarle a tiros y todo eso, ¿lo harás?, lo digo para cerrar un rato, así puedo ver un poco de sangre.

Estaba decidido, lo iba a hacer, así que asintió. Postilla Butch era uno de los bandidos más peligrosos de los alrededores, un tipo que no temía a nada. Atracaba bancos, asaltaba trenes, robaba caramelos a los niños, y maltrataba animales siempre que tenía ocasión. Cuando le seguía la pista por las llanuras, había seguido el terrible reguero de armadillos que habían tenido la mala fortuna de cruzarse con él, Postilla Butch había ido agarrándolos, y les había pintado penes en la frente con tinta indeleble, y escudos de equipos de fútbol impopulares, provocando el rechazo por parte de los otros armadillos. Terrible.

Salió, en la calle todo el mundo se dedicaba a sus quehaceres, algunos trabajaban descargando un carro, otros se apoyaban en algún sitio para mirar y hacer apuntes orientados a mejorar el sistema como "dobla las putas rodillas Bob", o "en mis tiempos los carros se descargaban mejor, y no como ahora". En la distancia, los indios recorrían las praderas, gritando y disparando al cielo, pero ya nadie les hacía caso, se habían vuelto una verdadera molestia, disparaban al aire y perseguían a la gente, especialmente a los gordos, a los que obligaban a correr kilómetros enteros, golpeándoles con toallas mojadas.

Allí estaba, jamás olvidaría a Postilla Butch, al menos, no mientras que viviera, o tuviese memoria. Un tipo alto, vestido de negro, que llevaba en la boca el mismo cigarrillo que hacía quince años, no era fumador, pero le daba pinta de duro. Llevaba dos revólveres, las empuñaduras brillaban bajo la luz del sol, y al lado, el boli de tinta indeleble que tan bien sabía usar para pintar penes, y en el rostro afeitado de Butch, la herida que le daba su sobrenombre.

Contaban por ahí que un indio le rajó la cara, algunos dicen que porque le quería quitar la cabellera porque Butch le había ganado jugando a las cartas, otros que porque Butch había abusado de su caballo y matado a su hija..., pero de cualquier modo, una herida llegaba desde la nariz hasta la oreja. Al principio le llamaron Sangrante Butch, pero los últimos veinte años, pasó a ser Postilla Butch, una vez cicatrizada la herida. Como Butch no dejaba de tocarse, no se le curaba nunca, como acertadamente le advirtió su abuela.

—Postilla Butch, he venido a matarte.

Veréis, lectores, cuando uno está buscando venganza, bueno, es natural que quiera matar a la otra persona, especialmente si la venganza es por algo tan duro como la muerte de seres queridos. Sin embargo, matar a los bandidos más sanguinarios del oeste es como intentar ligar con una chica. No es sensato irse directamente a ella y soltarle un comentario directo, nada de eso, se la separa del grupo de algún modo, por lo que siempre es mejor confiar en que el objetivo esté herido o enfermo, y cuando está sola, se le sueltan algunos comentarios para romper el hielo.

Evidentemente nuestro protagonista tampoco entendía mucho de ligar, y su idea de romper el hielo con una mujer era ir corriendo hacia ella con el pene por fuera y gritando bien fuerte..., tal vez por eso no le dejaban entrar en la mayor parte de los salones que había visitado al oeste del Colorado.

La banda de Postilla Butch estaba presente, una docena de los más brutales y despiadados bandidos, todos buscados por algún delito de sangre, una enorme selección de carne de horca.

Pero fue Butch el que se adelantó, y sus espuelas resonaron. Fue uno de esos momentos de introspección para nuestro héroe. Él era un joven flacucho, que se había vestido a toda velocidad, despeinado, y oliendo a culo. Butch era el tipo de vaquero perfecto, un hombre recio, grande..., que pasaba el cigarro de un lado a otro de su boca.

Silencio, todo el mundo miraba hacia ellos, una planta rodadora estuvo a punto de pasar entre los dos, pero se detuvo a mirarlos. Butch abrió bien su guardapolvo, preparado para desenfundar.

—¿Entonces quieres morir, muchacho? —hasta la voz de Postilla Butch era recia.

—No, no, no me ha entendido, he dicho que quiero matarle yo a usted, no que quiera morir yo.

Hubo risas entre los hombres de Butch, pero nuestro héroe ni se inmutó.

—¿Tienes nombre? —preguntó el bandido.

—Sí —fue la respuesta, y al comprender que su interlocutor esperaba algo más, añadió—. Sí, tengo.

Hubo miradas, Butch estaba firme, pero nuestro protagonista temblaba, y el tónico se había convertido en algo horrible que se retorció en su estómago. Cuando uno piensa en las temidas fuerzas de la naturaleza, piensa en volcanes, terremotos..., no valora la diarrea hasta que realmente la sufre.

Pero sin palabras, ya habían decidido que iban a disparar. En la ciudad no había reloj, pero estaba Ed el Cojo, el tonto del pueblo, que se dispuso a imitar las campanadas de un reloj.

Desenfundaron, o mejor dicho, Butch desenfundó, y disparó mientras que su oponente luchaba por desenganchar su revólver de sus calzones, luego se le cayó, lo recogió del suelo y, finalmente, empezó a disparar.

Cesó el ruido, por algún extraño motivo, seguía vivo, Butch le miraba, sorprendido, y a su espalda, seis de sus hombres cayeron muertos.

Veréis, un consejo, si alguna vez viajáis al oeste americano, y presenciáis un duelo, colocaos en algún sitio alto, siempre a la izquierda o derecha de los tiradores, pero nunca a la espalda de ninguno. En el fútbol, te puedes llevar un balonazo, pero aquí...

—¡Butch ha fallado! —gritó una voz.

—Normal, el muchacho no dejaba de moverse.

—En mis tiempos, en los duelos siempre se mataba a uno de los dos.

Tampoco nuestro héroe había acertado, al menos, no a Butch, pero eso no importaba, estaba vivo..., y sin dudar, le tiró el revólver a la cabeza a su enemigo, acertándole en plena frente. Cogió del suelo lo primero que encontró, y un gato impactó sobre el bandido, arañándole toda la cara.



Sangrante Butch estaba en el suelo, suplicando, y nuestro protagonista, con los pantalones sucios, y oliendo a..., bueno, sus intestinos se habían aliviado con la emoción y no olía precisamente bien, se acercó a su rival.

Agarró su boli de tinta indeleble y le dibujó un pene en la frente.

Extrajo una lista de su bolsillo, y tachó "vengar la muerte de papá y mamar". Acto seguido, fue a buscar su caballo, subió a la silla, y cabalgó, con el siguiente punto de su lista en mente. "Comprar el pan", iba a ser otra tarea complicada, y necesitaba lavarse un poco primero.

Pero esa..., esa es otra historia.

TÁCTICA PRESTADA

Jorge Urreta

–Amos, tu hijo es muy raro –dijo McMartin mientras dejaba sus cartas sobre la mesa–. Yo no voy.

–No puedes negarlo amigo, todo el día con un lápiz y ese montón de papeles –dijo el sheriff Donovan–. Veo tus diez y subo otros diez.

–No hace daño a nadie, ¿verdad? –dijo Amos Stevenson cabizbajo–. Fue su madre la que se empeñó en que aprendiera a escribir antes que a empuñar un arma.

–De poco le servirá eso si tiene que hacerse cargo de tus terrenos –dijo John White–. Veo tus diez. ¿Al menos sabes qué es lo que escribe?

–Ni idea, y el pequeño cabrón lo esconde muy bien porque nunca he logrado encontrarlo. Le he preguntado mil veces y no suelta prenda, y Linda tampoco sabe nada.

–Siempre podría buscar un trabajo en el telégrafo, creo que allí les gusta que sus empleados sepan leer y escribir –dijo White entre risitas–. Con ese uniforme de chupatintas estará muy elegante.

–¿Qué pretendes insinuar? –dijo Stevenson mientras hacía el amago de acercar la mano a la pistola.

–No se lo tengas en cuenta, ya sabes que es imbécil –dijo el sheriff al tiempo que colocaba una mano sobre uno de los hombros de su amigo–. La sangre de este tonto no merece una bala y no tengo ganas de verme obligado a encarcelarte o matarte. Y seguro que a Lou no le agradaría tener que fregar sangre del suelo.

Johnny Stevenson llevaba ya tiempo de su corta vida sabiéndose diferente. Gracias a su madre, una mujer de buena familia venida a menos, sabía leer y escribir desde mucho antes que cualquiera en *Dead man`s point*, aunque eso no resultaba muy complicado. Cualquiera que fuera capaz de firmar con algo distinto de su huella dactilar, aunque hubiera aprendido su firma de memoria, era considerado un erudito. Por eso no le extrañaba que todos, pequeños y mayores, se metieran con él. Menos mal que no les había contado su mayor secreto: los sueños.

Don Faraday sopesaba por enésima vez en los últimos tiempos si debía ir o no al psicólogo. Él mismo no era psicólogo, pero no le parecía normal llevar tanto tiempo soñando una y otra vez que era un muchacho de la época del salvaje oeste. Lo que más le extrañaba era que el muchacho tuviera nombre y apellidos: Johnny Stevenson. Él se veía como un espectador de un *western*, aunque aquel era bastante aburrido porque no ocurría nada de lo que solía suceder en las películas.

Ajeno a la discusión de póquer de su padre, Johnny llenaba otro montón de papeles aunque no tenía nada claro qué era lo que escribía. Nunca había oído la palabra "psicólogo" hasta su sueño de la noche anterior y no sabía qué significaba. Por el contexto del sueño le parecía que era una especie de médico, pero ninguno que él conociera. Pensaba en preguntárselo a su padre, que probablemente le daría una paliza. Su madre posiblemente sería más benévola pero, pese a saber leer y escribir, no era una mujer especialmente culta. Una vez más se vio fuera de lugar en un pueblo de campesinos, cazadores y las mujeres que les lavaban los calzones. Se preguntaba cómo sería la vida de Don, el protagonista de sus sueños. Vivía en un mundo extraño, hecho de piedra y hierro, que incluso él se extrañaba de haber imaginado porque no lo entendía. Por eso anotaba cada mañana lo que recordaba, para poder leerlo más adelante y tratar de darle un sentido.

El momento más desconcertante sucedió un día en que soñó con Don comandando un ejército de extraños monstruos. Los llamaba «orcós», palabra que tampoco conocía pero que tenía que ser por fuerza un sinónimo de «monstruo horroroso». Su padre alguna vez le contó cuentos sobre monstruos cuando era pequeño, pero sobre todo eran historias de dragones y otros seres mitológicos, y nada parecido a lo que había visto en aquel sueño. Los monstruos aparecían en una caja brillante que Don observaba con gran atención y parecían seguir sus órdenes. Luchaban grandes batallas con otros monstruos y seres humanos ataviados como caballeros medievales. Johnny apuntó con gran interés todo lo visto en su sueño, como si supiera que un día le sería de utilidad.

Una mañana por fin Don decidió que no iría al psicólogo. Acababa de despertar de uno de sus sueños y tenía claro que debían de ser cosa suya o de su subconsciente, ya que le recordaba a algo que solía hacer habitualmente. Hasta entonces nunca lo había pensado, pero esa mañana decidió escribir lo soñado, pensando en que sería un buen relato del oeste.

Johnny Stevenson se despertó con el ruido de un disparo. Todavía era de noche, lo cual le extrañó, así que decidió dar la vuelta en la cama y volver a dormirse. Un segundo disparo y el consiguiente flogonazo de luz en mitad de la noche, antes de que se durmiera de nuevo, le hizo levantarse de un salto, consciente de que algo malo estaba pasando.

Con cuidado se asomó a la ventana y vio un grupo de indios merodeando alrededor de la valla que rodeaba el rancho Stevenson. No habían entrado, se limitaban a disparar al aire mientras rodeaban la empalizada a la vez que entonaban cánticos de guerra para asustar a los habitantes del rancho.

Dentro estaban Linda y Amos Stevenson, el asustado hijo de estos y tres empleados de la familia: Maverick y Bronco, expertos tiradores y hábiles conductores de ganado, y Doc

Brown, que lo mismo cuidaba la salud de un animal como desenfundaba su revólver antes que nadie. Los indios eran una docena y ellos solo cuatro, ya que no se esperaba que la señora de la casa supiera manejar un arma, y menos el imberbe de su hijo, más interesado en lo que escribía en sus múltiples papeles que en disparar con su padre, a pesar de que este le había enseñado a hacerlo.

Pero era el niño (no tanto con sus ya casi catorce años) el único que tenía claro qué hacer. Los hombres de la casa corrían de un lado a otro como pollos sin cabeza y a duras penas podían siquiera pensar en mantener a raya a sus invasores. Al tiempo que eso ocurría y Doc Brown recibía en la pierna derecha un disparo que le haría cojear el resto de su vida, Johnny tenía definida la estrategia. Se la había visto usar a Don en uno de sus sueños, en una batalla entre un grupo de seres humanos que comandaba, contra otro grupo mucho más numeroso, formado por esos a los que llamaba «orc»s. Sin que nadie le viera, cogió una de las armas de mayor calibre de la casa, un rifle al que su padre tenía especial cariño, y salió por la puerta trasera, confiando en que al amparo de la noche sus atacantes no le vieran.

Con cuidado logró pasar desapercibido y colocarse a la espalda de los indios, que se preparaban para saltar al otro lado y no dejar alma viva en la casa. Antes de que pudieran hacer tal cosa, Johnny se preparó. Junto al rifle, había robado una botella de whisky y unos fósforos. En el sueño había visto a los ejércitos de Don lanzar flechas con fuego y eso le había dado una idea. No tenía arco, pero esperaba poder arrojar suficientemente lejos unos palos empapados en alcohol y encendidos, para alcanzar a los indios.

No lo logró, pero sí llamó suficiente su atención para que se desconcertaran y mirasen en la dirección desde la que habían sido atacados. Dos certeros disparos de rifle, de los que el propio Amos Stevenson se habría sentido orgulloso, fueron suficientes para que dos indios cayeran al suelo y el resto no estuvieran preparados para los disparos que recibirían desde la casa. En un momento la balanza de poder cambió de sentido y lo que era una partida de doce aguerridos guerreros sioux se vio reducida primero a cinco, luego a cuatro cuando Johnny tuvo mejor puntería con una de sus picas incendiarias, y al final a tres que huyeron despavoridos.

Y mientras Don releía el apasionante relato del oeste que acababa de escribir, Johnny Stevenson se preguntaba dónde estaría ese mundo de *Warcraft* del que había sacado la táctica de guerra con la que salvar el rancho de la familia.

PLACEBO

Charlie Charmer

- Distinguidas damas y caballeros, es para mí un verdadero honor estar aquí hoy con ustedes. Llevo varios años recorriendo con mi carromato las plazas de los pueblos de esta noble tierra. He cruzado todo el país de Sur a Norte y guardo buenos recuerdos de cuantas localidades me han acogido, pero hace tiempo que tenía ganas de llegar a Sauriville. La hospitalidad de sus gentes es conocida en toda la comarca y, aunque es la primera vez que vengo, ya tengo la sensación de encontrarme como en casa.

No se pueden decir más mentiras en menos tiempo. El *Salvaje Este* es una tierra inhóspita donde campan a sus anchas los forajidos más temidos del mundo y las caravanas son asaltadas en los desfiladeros por tribus salvajes que les devoran *in situ* o les arrancan todas las plumas como trofeo, como hacen los appalachiosaurios¹, de los que toma su nombre esta cruel nación, Appalachia.

Seguramente, a usted le sonará más el *Lejano Oeste*. Ya sabe, el típico triceratops defendiéndose a cornada limpia del temible tyrannosaurus rex y tal. ¡Vamos! Todo eso no es más que puro teatro. En Appalachia lo llamamos *corridos*, por los kilómetros que recorren los contendientes hasta que se animan a atizarse, y algo más al Sur los he oído llamar *rodeos*, por la misma razón... ¡Por favor! Ya está bien de tópicos, ¿es que acaso piensa que no había más dinosaurios en el cretácico norteamericano que los señoritos de Laramidia? Vale, seremos más bajitos, pero también tenemos más mala leche. Cuando vea un duelo a muerte entre un diplo-tomodón² y un dryptosaurio³ comprenderá de qué le estoy hablando.

Pero, por hostil que sea el medio, uno tiene que comer y, como soy bizco y me manejo muy mal con el revolver, aprendí a hacer del artificio y el ingenio mi arma para cazar incautos. Y no hay nada que satisfaga más al atajo de brutos y malas bestias que, indefectiblemente, pueblan todos y cada uno de los miserables poblachos de Appalachia, que oírse llamar educados y afables.

- Por eso, me gustaría corresponder a su generosidad ofreciendo mi testimonio desinteresado a quienes quieran escucharlo. Si lo que les traigo es de su agrado, cualquier donativo que quieran hacer para avituallar de víveres mi despensa será bien recibido. Si no lo es, no se sientan obligados a contribuir al sustento de este humilde viajero y dejen que continúe mi periplo y que el desierto decida mi suerte.

Había declamado aquel discurso tantas veces que era capaz de herrar a mi hypsibema⁴ y leer *La Gaceta del Pionero* a la vez. De manera que, mientras voceaba mi reclamo hasta desgañitarme, aprovechaba para escudriñar la fisonomía y actitud de quienes, poco a poco, salían de sus casas y de los destartalados establecimientos levantados con los restos de las carretas con

¹ Tiranosauroide del cretácico tardío de Alabama.

² “Diente que corta doble”, posible terópodo de New Jersey al que sólo se conoce por un diente.

³ Tiranosauroide de unos siete metros y medio, cuyo nombre significa “lagarto que llora”.

⁴ Hadrosaurio poco conocido del que primero se pensó que era un pequeño saurópodo.

las que habían llegado hasta aquel yermo páramo, y se iban reuniendo formando un círculo a mi alrededor. Gracias a estas impresiones no sólo estudiaba las necesidades de mis potenciales clientes, sino que dilataba o acertaba mi presentación para adaptarme al gusto del público y, cuando comprendía que no era bien acogido, me despedía con cualquiera de las excusas de mi amplio repertorio.

Fuese donde fuese, me encontraba siempre con las mismas caras. Estaban los inevitables críos de párpados caídos y labios agrietados, a los que el duro trabajo en el campo había robado la infancia, y también los truhanes de mejillas sucias y orificios nasales rebosantes de mucosa, aburridos después de ahorcar a las mascotas extraviadas de sus vecinos y destripar a los batracios de todas las charcas circundantes. Había insulsas saurias sin horizontes cuyas pupilas titilaban de curiosidad al ritmo que batían las membranas nictitantes, despertando de un largo letargo ante la primera novedad que venía a alterar la rutina local en décadas. Luego estaban los rudos rostros curtidos por el sol de los ganaderos, inexpresivos como espigas oscilando bajo la brisa del atardecer, y los hocicos babeantes de los temporeros, borrachos como cubas tras cobrar el jornal. Tampoco faltaba nunca el anciano niobrasaurio⁵ achacoso que no cesaba de masticar tabaco, escupir y maldecir durante toda la función. Cada uno de ellos representaba un tipo diferente de cliente, con sus necesidades particulares y sólo era necesario saber la llave que abría cada puerta. Por supuesto, yo las tenía todas en mi carromato.

En cuanto conté catorce pares de patas sobre la arena (la media de mi auditorio no suele ser mucho mayor) y apareció Billy, saqué toda la artillería:

- Habrán oído hablar del aceite de serpiente que cura el mal de ojo y la artritis, el licor de lagarto que combate el resfriado y da energía al abúlico –una silvisauria⁶ miró despectivamente a su marido y no pude evitar guiñarle un ojo, a lo que ella contestó devolviéndome una sonrisa picarona-. Estoy seguro de que conocen el famoso linimento creceplumas del doctor...
- ¡Paparruchas! –gritó el viejo que mascaba tabaco.
- Exacto. Me alegra ver que me encuentro ante gente con criterio –sus convecinos se volvieron hacia el niobrasaurio, que hinchó el pecho y hundió las garras en los tirantes-. No esperaba menos de un pueblo como Sauriville. Este país está lleno de charlatanes que tratan de llenar su bolsa vendiendo humo a quienes necesitan esperanza. Pero yo no vengo a venderles nada. Como les he dicho antes, sólo les traigo mi testimonio.
- ¡Cuéntanos ya, que nos tienes en ascuas! –dijo la silvisauria del marido inapetente.
- De acuerdo, de acuerdo. No se impacienten. Como les he dicho, llevo años recorriendo el país. En uno de mis viajes me vi obligado a refugiarme del aguacero en una gruta donde encontré a un anciano chamán appalachiosaurio que esperaba pacientemente el tránsito al mundo de los espíritus frente a un extraño fuego verdoso en el que no vi arder hojarasca ni madera alguna. Me invitó a sentarme a su lado y, observando la infinidad de arrugas que surcaban su rostro llegué a la conclusión de que debía tener más de mil años. Le ofrecí un trago y compartí con él la escasa comida que aún guar-

⁵ Tireóforo nodosaúrido (anquilosauriano con púas laterales y sin maza en la cola) de Kansas.

⁶ Otro nodosaúrido del cretácico de Kansas, de unos cuatro metros y con un pico córneo.

daba en mi morral. Agradecido, me dijo que era el primer *rostro pálido* que se portaba bien con él y que quería corresponderme confiándome el secreto que le había hecho vivir tanto tiempo. Cuando amaneció, el anciano había desaparecido. Pensé que todo había sido un sueño, pero al volver a ponerme en marcha me crucé con una serpiente que tenía las escamas de los mismos colores que el poncho del anciano y decidí seguirla. El camino era abrupto y mi hysibema se lastimó una pata al introducirla entre dos rocas. Pero no estaba dispuesto a rendirme, lo até a un árbol y continué andando. El ofidio me condujo hasta una pequeña fuente natural que manaba de una roca y desapareció por una hendidura. Llevado de un presentimiento, metí mi cantimplora bajo el chorro y, justo cuando me disponía a ponerle el tapón, la boca dejó de manar. No tuve que esperar mucho para ver los efectos de aquel fantástico suero, pues una simple gota permitió a mi montura recuperar la forma para continuar el camino.

Saqué la petaca e hice una breve pausa táctica para comprobar la reacción de los asistentes. Ésta era la parte de la función de la que más disfrutaba, ya que acababa de confesar cínicamente a todo el mundo que lo que les iba a mostrar no era más que agua de la fuente y, aún así, podía comprobar cómo contenían la respiración, embriagados de expectación, al conocer la naturaleza del elixir. Los mocosos ya no alborotaban e incluso el viejo niobrasaurio había cesado de mascar.

- Desde entonces, he utilizado esta inapreciable herramienta para aliviar las cargas de mis congéneres. Pero no quiero engañar a nadie. La sabiduría y la magia de los indios no sirven para nada. La verdad es que la única medicina que puede curarles es la fe. ¿Tienen ustedes fe? ¿Creen que puedo ayudarles?
- ¡Yo le creo! –dijo Billy, abriéndose paso a saltitos con las muletas entre los congregados.
- Déjenle pasar –la gente hizo un pasillo y Billy pasó entre ellos, arrastrando la bota derecha de la que vi que no se había quitado la espuela- ¿Te quedaste primero cojo o ciego, hermano? –inmediatamente, fueron los ojos de Billy los que atrajeron la atención del respetable.
- ¿Ciego? Ehhh... Sí, bueno, eso es de nacimiento –dijo a la vez que alargaba el brazo izquierdo, muleta en ristre, como si estuviera tanteando la distancia hasta el carromato.
- Acércate, anda –le increpé, antes de que empezara con el cuento del origen de su cojera y volviera a atraer indiscretas miradas sobre su calzado- Toma, bebe y, si realmente tienes fe, que el Espíritu Saurio obre sobre ti.

Sólo mis trabajados reflejos impidieron que Billy tomara el frasco de mi mano y lo echara todo a perder. Según le saqué la petaca de la boca, dejó caer las muletas a los lados y empezó a convulsionarse como si estuviera poseído, sin perder la verticalidad. Puso los ojos en blanco y echó algunos espumarajos por la boca. Lo sé, lo sé. Es asqueroso. Pero a Billy le gusta darle al show lo que él llama su “toque personal”. Yo creo que de chaval leyó demasiadas novelitas de terror. Sea como fuere, en aquella ocasión el papel se le fue de las manos y sobreactuó de tal modo que, no sabiendo cómo concluir de un modo creíble, optó por salir corriendo.

- ¡Ooooooh! –coreó el público al unísono.

La estupefacción dio paso a la admiración. Alguien exclamó: “¡Aleluya! ¡es un milagro!” y los situados más lejos empezaron a pegarse por llegar los primeros al estrado para probar aquel prodigio en carne propia. Había llegado la hora de recoger el fruto de nuestro trabajo.

- ¡Oiga, no empuje! –dijo la silvisauria que quería recuperar su vida conyugal.
- ¡Señora! Usted tiene mucho tiempo por delante, pero si yo no bebo ahora tal vez no llegue a mañana –le gruñó el viejo niobrasaurio, colocando un fajo de quinientas liras sobre el estrado. Para mí, la disputa estaba dirimida.

Es cierto que esta vida es un valle de lágrimas. Las penas y privaciones se prolongan sin pausa y, en cambio, las alegrías son efímeras como pavesas sobre la nieve. Según acercaba el ala al dinero escuché una detonación y la madera se hizo astillas, a la par que los billetes se escapaban a jugar con el viento. Volví la cabeza hacia el origen del disparo y encontré a un viejo conocido, cuya triste figura no esperaba volver a ver hasta que el infierno me reclamase al final de mis días.

- Vaya, vaya, vaya –dijo, torciendo la boca en una mueca poco halagüeña-. Sí es nada menos que Jesse el halimornis⁷, a cuya cabeza han puesto precio en cinco estados. Por cierto, que se te ve muy favorecido con tu lunar en el pico bajo la leyenda “*Se busca*”. Entonces es cierto: el pájaro que, al salir del saloon, me he cruzado corriendo como alma que lleva el diablo era el mismísimo Billy el litornítido⁸.
- ¿Qué... qué estás haciendo aquí, Fred? –le pregunté, bastante sorprendido de encontrarle con vida.
- ¿Es que no lo ves? –dijo, golpeando con el cañón del Colt 45 sobre la estrella de hojalata que llevaba prendida en el chaleco- Soy el *sheriff* de Sauriville.
- ¡Fred “pico de oro”, el leptoceratópsido⁹, *sheriff*! Es una broma ¿no?

El chasquido del revólver del *sheriff* al quitarle el seguro me contestó. El niobrasaurio recogió sus billetes, esparcidos por el escenario, y desapareció antes de que empezara el lío. Las patas me empezaron a temblar al recordar cómo habíamos abandonado a Fred en medio del desierto, sin agua ni víveres, y cómo le rompimos las patas a su lophorhothon¹⁰ para asegurarnos de que no pudiera seguirnos. Uno menos a repartir el botín. Billy y yo llevábamos juntos en el oficio desde que tengo uso de razón, pero Fred no era más que un advenedizo, un desertor del ejército que no era capaz de encontrar un oficio decente. El equilibrio de la sociedad necesita de más gente honrada, al otro lado de la ley estamos ya tantos que no nos queda más remedio que robarnos unos a otros.

- ¡Arriba las alas! –le obedecí automáticamente- Vamos a dar un paseíto hasta mi oficina y, como se te ocurra abrir el pico, te hago otro agujero para que respires mejor...
- Pero, *sheriff*, deje que probemos primero el suero mágico... -intentó mediar la silvisauria, cuyos problemas de alcoba debían ser más serios de lo que había pensado.

⁷ Pájaro costero enantiornita del cretáceo superior de Alabama.

⁸ Ave neornita paleognata (de paladar primitivo) con el pico largo y delgado (Nota: “bill” significa “pico” en inglés).

⁹ Ceratópsido del cretácico superior asiático y appalachio, con un pico especializado.

¹⁰ Hadrosauroide de Alabama, cuyo nombre significa “nariz con cresta”.



- Este pajarraco es un farsante, señora. Está conchabado con el litornítido que ha salido corriendo y esta cantimplora no contiene más que agua, vulgar y corriente. Para lo único que sirve es para quitar la sed, como cualquier otra salvo la que mana en el arroyo que hay junto al molino, ¿verdad, Jesse? –dijo, golpeándome con el cañón en el occipucio.

Aunque no entendí la referencia al molino, no me quedó otra opción que asentir, y la desencantada multitud se disgregó más rápido de lo que se había reunido. Incluso un par de matos secos que había junto al escenario optaron por abandonar el lugar rodando, dejándose llevar por el viento.

Alas en alto, camino de la cárcel, aquel poblacho me parecía aún más vulgar y provinciano. El hecho de que hubieran elegido como *sheriff* a alguien como Fred era el detalle que me faltaba para borrarlo para siempre de mi lista de posibles destinos. Al pasar bajo una ruinosa edificación levantada con listones podridos de madera de embalaje, en cuyos intersticios cabía fácilmente la pata de un terópodo adulto, una ventana se abrió de golpe en la planta superior con un crujido chirriante, y el anciano niobrasaurio que había estado a punto de sufragar mi estancia se asomó, agitando el puño de modo amenazador:

- ¡Déle caña, *sheriff*! -Llevado del entusiasmo, golpeó con el codo una maceta que tenía en el alfeizar y estuvo a punto de descalabrar a Fred, estrellándola a un palmo del marginocéfalo.
- ¡Viejo demente! Esto es un atentado a la autoridad en toda regla...
- *Sheriff*, el pájaro...

Efectivamente, aprovechando la distracción yo había levantado el vuelo y me encontraba ya a unos trescientos metros de altura. Fred disparó varias veces al aire, pero su ira le impidió afinar la puntería de modo que debiera preocuparme. Después se volvió y descargó su frustra-

ción y la recámara del revolver contra la ventana del niobrasaurio, que se vio obligado a arrastrarse por el suelo de su habitación para salvar el cuello.

Fue justo entonces cuando lo decidí. Aquella vida era muy peligrosa. Había llegado el momento de retirarme, antes de que fuera demasiado tarde. Lo llevaba estudiando un tiempo, no vaya a pensar que soy tan impulsivo. Desde que ojeé un tríptico de una conocida inmobiliaria que mostraba unas exclusivas pajareras de madera noble colgando de altísimas ramas de coníferas, con unas vistas espectaculares de las montañas de Nuvanut. Seguro que lo han visto. Desde entonces soñaba con cruzar el charco y dedicarme a la vida contemplativa. Me enamoré de las copas de sus inmensos bosques peinando el viento, de sus verdes valles poblados de pacíficos hadrosaurios, de sus arroyos de aguas cristalinas...

Evocar las dulces corrientes del paraíso me dio algo de sed. Saqué la petaca y eché un trago. Lo escupí inmediatamente. Aquello sabía a rayos. Ahora lo recordaba todo. Efectivamente, habíamos llenado la cantimplora junto al molino. Aquel charco debía estar corrompido. Así que Billy no había sobreactuado, simplemente se había intoxicado y estaba ahora escondido en algún granero vomitando descompuesto, si no había tragado una dosis letal. Afortunadamente, yo apenas había llegado a enjuagarme la boca. Pero algo debió afectarme, porque a los veinte minutos de vuelo noté que se me erizaban las plumas y me invadió una náusea que terminó por nublarne la vista. Tenía que aterrizar antes de quedarme *pajarito*. Ya estaba bastante lejos para temer por Fred.

Me posé suavemente sobre un matorral y eché hasta la primera papilla. Lívido y mareado, pero algo aliviado, me disponía a intentar emprender el vuelo de nuevo cuando el cielo se oscureció de repente. Levanté la cabeza y vi que la causa del eclipse eran las sombras de media docena de albertosaurios¹¹ con el característico uniforme de la Policía Montada.

- Bienvenido al Cañón de la Herradura, amigo –dijo el que exhibía los mayores galones-. Tal vez puedas ayudarnos a encontrar a unos pájaros de mal agüero que asaltaron el año pasado un convoy de la reserva federal. El jefe era un halimornis bizco con una mancha oscura en el pico, como un lunar -Mierda. No me acordaba de aquello-.
- Pues ni idea, oiga.
- Tenga la amabilidad de acompañarnos...

Naturalmente, acepté la cortés invitación de aquellos caballeros y pospuse provisionalmente mi retiro hasta que se aclarara todo aquel asunto. Nuvanut será el paraíso, pero Alberta tampoco está tan mal. A través de las rejas de la celda que comparto con un atrociraptor¹² medio sordo al que algún demente regaló una armónica desafinada y un obeso daspletosaurio¹³ más cariñoso de lo que desearía, los días que el cielo está despejado puedo ver a las bandadas de congéneres migrando hacia el Norte. Me reconforta bastante pensar que en menos de veinte años me uniré a ellos.

¹¹ Tiranosáurido del cretácico canadiense de unos nueve metros de largo y costumbres gregarias.

¹² Dromeosáurido del maastrichtiano canadiense cuyo nombre significa “ladrón cruel”.

¹³ Tiranosáurido canadiense de ocho a nueve metros cuyo nombre significa “lagarto horripilante”.

La idea

Mc Encinas

Nunca había imaginado acabar así, ahorcado como un vulgar cuatrero. Lo que siempre he querido es ser un pistolero de renombre y atracar diligencias. Estaba enfadado con migo mismo por haber sido tan estúpido y dejar que me atraparan tan fácilmente.

La primera regla de un pistolero es poseer un buen revólver y yo lo tenía, lo heredé de mi padre al fallecer este. Estuve practicando desde entonces y tengo muy buena puntería, creo que puedo decir que soy el mejor disparando. Otra cosa importante para ser un pistolero es tener un caballo; no era cuestión de ir corriendo a pie detrás de la diligencia para atracarla. No tenía dinero para comprarme uno, así que pensé "cojo uno prestado, robo una diligencia, devuelvo el caballo y con el dinero robado me compro uno" ¡qué tonto fui! Pero en aquel momento lo veía tan factible, que me pareció la mejor idea que había tenido en mis 14 años recién cumplidos. Elegí cuidadosamente al caballo, y sin esperar me subí en él, no sé de dónde salieron, de repente me vi rodeado por cinco pistoleros que me apuntaban con sus revólveres. Al parecer tengo buen gusto y me encapriche de la montura del jefe de la banda. Por eso me encontraba en esa situación, precipitándome a una inminente muerte por ahorcamiento.

Uno de aquellos hombres rudos, alzo su arma dispuesto a asustar al caballo que me mantenía con vida. Cerré los ojos y espere el momento con temor, pero intentando que no se me notara, no quería darles la satisfacción de verme asustado. Respire hondo, si tenía que morir lo haría con dignidad. La espera se hizo eterna y cansado abrí un ojo. Allí seguían los hombres, sus rostros dibujaban ahora diversión "Serían cabrones, se lo estaban pasando en grande". Eso me desconcertó y enfado.

-¿Pero se puede saber qué esperáis? -les grité, cosa que hice sin pensar. No es que quisiera irme al otro barrio, pero si tenía que pasar, prefería que fuera rápido.

Se miraron entre ellos y el jefe se acercó a mí.

-¿Sabes cocinar, cuatrero? -Me preguntó.

-Si- ¿Qué tenía que ver si sabía cocinar o no en aquel momento. Acaso saber cocinar haría que fuera al cielo o al infierno?

-¿Porqué me has robado el caballo?

-No lo estaba robando, lo cogía prestado. -Mis palabras hizo que una media sonrisa se dibujara en su rostro.

-Bueno, ¿para qué lo cogías prestado?

En otro momento no hubiera contado mi intención real por miedo a que me mataran, pero ahora no tenía nada que perder, la iba a palmar de todas formas.

-Para robar una diligencia y con el dinero comprarme un caballo.

-¿Y para qué querías comprarte un caballo?

-Para robar diligencias- Una carcajada exploto de aquellos desconocidos. El jefe los hizo callar con un gesto de la mano.

-Bien. Yo te ofrezco tu vida por tus servicios.

Aquellas palabras me sonaron a gloria. Cómo iba a rechazar semejante ofrecimiento. Alargue mi mano y se la ofrecí, él se escupió en la suya y con fuerza estrecho la mía.

y Fue así cómo conseguí el sueño de mi vida, ser un pistolero y tener una banda. Al principio sólo fui el cocinero, sin embargo cuando descubrieron mi talento a la hora de manejar el revólver y mi buena puntería, empecé a ser uno más. Después de tres años y fallecido el cabecilla en una emboscada con un sheriff, me han elegido como jefe. Desde entonces nuestras cabezas han subido de precio, somos famosos y nos buscan en varios estados. Ahora soy feliz.



Pistolero oscuro

Bombi Charmer

Les he enfurecido y lo sé. Para el resto de los mortales son una de las bandas más peligrosas de la zona, pero para mí no son más que unos fanfarrones sin escrúpulos e ignorantes cuya hora ha llegado.

Primero les arrebaté el botín que habían conseguido en el banco de Goldcity, centro neurálgico donde terminan confluyendo los desdichados busca fortunas que sueñan con encontrar la pepita que les resurja de la miseria. Una misión que me resultó demasiado fácil, pues fundirme con las sombras es algo que forma parte de mi naturaleza, como en la de ellos está el delinquir.

Después dejé parte del botín en el equipaje de alguno de ellos. Hubo disparos y amenazas veladas, muertes y dudas. Entretejé la sombra de la desconfianza, tan solo dormida de forma leve entre quienes están acostumbrados a engañar, y cuyos valores se basan en conseguir lo que desean sin importar a quiénes perjudiquen.

No soy ningún loco. Lo hago por diversión, pero también para subsistir. Al fin y al cabo, sus vidas valen lo mismo para mí que la del resto de las personas para ellos, nada. Cada siglo trae consigo una nueva oportunidad y éste me mostró la del salvaje oeste. Un lugar y un mundo donde confluyen los sueños por las riquezas y las nuevas tierras junto al desprecio a la vida y los sentimientos. Muchos, como mis nuevas víctimas, vislumbraron en las áridas arenas del desierto la forma de escapar a la ley, mofándose del sistema a base de tiros y sangre.

Pero yo no formo parte de ese sistema ni de ningún otro. Ni siquiera de la humanidad, a la que tanto desprecian. Llegué de muy lejos, donde mi fama había conseguido desgastar una imagen de mí que yo mismo detestaba. Vivir tantos años llega a minar todo rastro de ambición por las cosas efímeras que la sociedad te ofrece. Nada de lo que me puedan ofrecer conseguirá que me desvíe de mi propósito. Debo continuar sobreviviendo a mi propia naturaleza, pero he encontrado el lugar idóneo donde pasar inadvertido y ayudar a los pocos inocentes que se aventuran a buscar el sueño de una nueva vida en un lugar tan inhóspito y cruel como el oeste de Norteamérica. Aquí, donde reina el más fuerte, nadie lo es tanto como yo. Por suerte, ellos no lo saben.

Están furiosos y han diezmado sus propias filas en una lucha intestina que yo he provocado. Aún quedan seis. *Peccata minuta*.

No me ven, a pesar de haber salido de mi escondite y estar a tan solo veinte pasos de la hoguera que mantienen encendida. Y es que soy sombras. Me rio en alto y mi carcajada hiela las venas de mis víctimas, por donde ahora corre la sangre a gran velocidad. Puedo olerla desde mi posición. Están condenados y lo saben. Y si no, pronto lo harán.

Disparan. Siento el dolor, como en miles de ocasiones, mas no me afecta más de lo que a una persona normal lo haría el puñetazo de un niño. La sorpresa les paraliza y sonrío de la

manera más gélida que conozco. Disparo, aunque no al corazón. Les quiero vivos, por poco tiempo.

Atisbo en sus miradas el terror que tantas veces presencié en otros más dignos que ellos. En la mía no advertirán nada, ni piedad ni odio.

Trabajo como fabricante de ataúdes. Yo mismo los pruebo antes de entregarlos.

Mi nombre es Vladislaus Tepes y se cuentan muchas historias sobre mí. En ninguna de ellas se relatará nunca que hice justicia o que ayudé a sobrevivir en paz a los habitantes de una zona del oeste. Tampoco es que me importe.

Esta noche daré de comer a los buitres carne seca de sangre. El líquido carmesí es cuanto deseo de estos forajidos. Me alimentaré como el conde que soy antes de irme a dormir.



UN DIA

Letra & música: Bombi & Charlie

♩ = 96
Banjo

1

Chords

Bass

Violín

Spur 7

5

Salgo de mi rancho, cojo mi caballo/ Llego a la oficina una vez al año

Mi jefe me oye, saca su revolver/ Luego va y me dice: "Has llegado tarde"

Me asaltan los indios mientras voy andando/ Me sacan la cheira y me dejan calvo

Vuelvo ya a mi rancho, vuelvo sin caballo/ Mi madre me oye: "Has llegado tarde"

<https://www.youtube.com/watch?v=F7qWYBfX9QY>